Vida práctica

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Os habéis puesto a pensar alguna vez en lo que constituye el lado práctico de la vida?

Cualquier cosa que contribuye a lo que una persona cree, es esencial a su existencia y se considera práctico. Es obvio, entonces, que un modo de vivir práctico está relacionado con la concepción individual del bienestar personal.

Aquello que llegamos a valorizar más en nosotros mismos es lo que nos causa mayor satisfacción, y con cuyos atributos anhelamos progresar. La esfera de existencia de un ser elemental y primitivo es muy reducida. ¡Cuán simples, por ejemplo son las exigencias de un perrillo faldero! Si su hambre, sed y otros deseos orgánicos están satisfechos y a la vez se le muestra el afecto que necesita, su vida está completa. Indudablemente que si el perro pudiera razonar suficientemente sobre las satisfacciones de la vida, llegaría a la conclusión de que el fin práctico de ella es tener asegurado el sustento y el cariño del amo.

Hoy en día encontramos millares de personas ataviadas con el moderno ropaje de la época, cuya concepción de la vida apenas si se eleva un poco sobre la del ser más primitivo y la del animal. La finalidad de su existencia, según ellas, está en comer, beber, tener lecho y satisfacer los anhelos sensuales. Para tales individuos, las actividades que proveen esas cosas, usando manos o cerebro, constituyen el aspecto práctico de la vida. Consideran que todo lo demás es extravagancia o bien una aventura muy abstracta en la que no vale la pena gastar esfuerzo. Así, pues, vemos que no están en disposición de hacer algún sacrificio para la continuidad de un programa cultural.

La vida nos impone exigencias como a seres orgánicos que somos. Debemos vivir primero antes de que podamos ejercer las funciones de 1a vida. Admitido está que hay algunas condiciones de primordial importancia. Sin embargo, no porque sean imperativas quiere decir que lo demás debe descalificarse como *impracticable.* Por ejemplo, para poder aprovechar las ventajas que nos aguarden en un piso superior hay que subir un tramo de escalones. ¿No es acaso práctico que también nos preparemos para lo que podamos encontrar allí? ¿Por qué hemos de considerar más práctico el ascenso mismo que lo que ganaremos al llegar arriba?

Así también, ¿por qué hemos de considerar los medios de que nos valemos para vivir como el aspecto más práctico y completo de la vida? La inclinación estética que se tenga, ya sea amor por la música o en general por las bellas artes, así como el imperativo de crear algo, son atributos de la función del vivir. Son consecuencia de nuestra misma naturaleza. Son partes tan nuestras como cualquier órgano del cuerpo, o como toda apetencia de éste. El individuo que tiene un incesante deseo de conocimientos, que se siente moral y mentalmente renovado cuando llena

ese vacío en su pensamiento, ciertamente es *práctico* cuando persigue tal finalidad. Esas actividades son esenciales para la plenitud de su existencia personal.

Goces trascendentales

La persona que trata de estudiar la filosofía Rosacruz y que sólo considera práctico aquel aspecto de las enseñanzas que atañe a determinada parte de su naturaleza, no está preparada para adoptar un sistema cabal de vida. Aquello que satisface el anhelo de la mente y de la naturaleza psíquica del hombre es *práctico* porque le sirve. No hay nada que sea impracticable en cualquier estudio, a menos que en ningún sentido tenga afinidad con su vida. El hombre que declara que todo empeño intelectual, moral y espiritual no es práctico para él admite que su nivel de consciencia es muy reducido. Camina por el mundo como hombre pero funciona como un ser ínfimo.

La mayor parte de nuestros apetitos son congénitos. Por lo menos su plenitud sólo dura unos cuantos años al nacer. Pero las inclinaciones intelectuales y psíquicas requieren el ejercicio de la voluntad. Deben ser cultivadas. Una vez que se realizan demandan incesantemente que se les satisfaga. Son mucho más positivas las satisfacciones que causan que las de los placeres del cuerpo. Para los que experimentan esos goces trascendentales, esto constituye una parte tan práctica de su vida como viene a ser el alimento que nutre el cuerpo. Nadie llame, entonces *prácticas* una plegaria, una poesía o una meditación profunda hasta no darse cuenta de cuál es su finalidad.